

Elogio desmedido de...

José Manuel Caballero Bonald

Goy P/0046

JOSE AGUSTIN GOYTISOLO

Algunas veces he pensado, quién sabrá por qué, que el modo de ser de Caballero Bonald, y su obra misma, se explican, más que en otros escritores, por su origen familiar, y por el hecho de ser uno de los andaluces transplantados a Madrid que ha encajado perfectamente el cambio. Su madre, francesa, y su padre, cubano, en el ambiente oloroso de Jerez, han debido jugar, por multitud de contrastes, un papel importante en su especial humor, nada escandaloso ni fácil, que al poco se trueca en una tremenda seriedad. Un humor y una seriedad tan particulares que se imponen incluso en reuniones donde el vino o el whisky hacen estragos en la compostura de mucha gente.

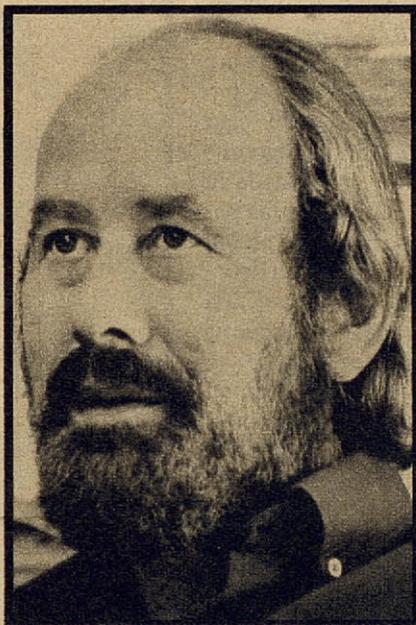
En tales ocasiones está claro que Caballero Bonald no se alegra o se pone serio artificialmente, esforzándose, sino que sabe adecuar el rito de beber a cada circunstancia. Incluso en los pequeños o grandes trabajos que conforman las diversas actividades que ha desarrollado y desarrolla este jerezano sardónico, circunspecto, sibarita confeso y espectador de sí mismo entre los demás, no se quiebra nunca el carácter de ritual con que él los asume.

Sus obras en prosa y verso traslucen un pesimismo y un desencanto hacia el mundo y los hombres que él no tiene que esforzarse en acentuar. Recuerdo que en una reunión contó su infancia en Jerez, durante la guerra, el ruido de las descargas de los pelotones de ejecución, el ambiente familiar favorable a los vencedores —con la excepción del padre, republicano, que le inculcó un difuso sentimiento de derrota—, la educación religiosa e hipócrita recibida, los años ingratos en la Universidad de Sevilla, y todo lo que siguió hasta hace bien poco. Estas cosas y otras, quizá no tan importantes, pero sí atroces por su cotidianidad, han hecho de él un escrutador de lo invisible, un buscador de la cara oculta de la realidad, un obseso por descubrir y entender el misterio, el fatalismo cruel y mágico de la existencia. ¿Quién es el responsable? ¿Dónde está el juez de tanta iniquidad? ¿A quién le pediremos /

cuentas, qué Tribunal podría / juzgar la podredumbre de la historia?

La prosa de Caballero Bonald es cuidadísima, barroca, brillante. Pero yo prefiero la dura y afilada oración de sus poemas: encabalga los versos con ritmo de galope, cambia de pronto a trote corto y se lanza otra vez a la carrera, en un ejercicio de estilo de un preciosismo merecedor de buenos catadores.

Cuando me lo encuentro en alguna reunión, a la salida de un acto cultural, o simplemente en Oliver, hablamos poco, hasta que el ambiente que nos rodea se calma y conseguimos dar el esquinazo a algún gilipollas que se nos ha pegado. Luego él me cuenta de la Pepa, de los chicos, de su trabajo, y yo le hablo de mi gente, de los amigos de Barcelona y cosas así, para pasar, sin darnos cuenta, a discutir del vicioso oficio de escribir, de los escritores y de la malbaratada poesía. Caballero Bonald termina por invitarme a su casa, si no a dormir, pues casi siempre me espera otra gente en el hotel, si a tomar los últimos tragos.



Hace ya más de veinte años del muy manido encuentro de escritores en Collioure, que realizamos para conmemorar los entonces veinte años también de la muerte de Machado, y para ofrecer un testimonio de nuestra militancia contra el dictador y sus secuaces. Y nunca olvidaré que fue Pepe Caballero Bonald el que transformó inteligentemente el sentido del homenaje al poeta sevillano, que amenazaba convertirse en una serie de parlamentos hueros o gemebundos. También allí fue el vino su aliado, el vino que nos provocó beber, y con el que consiguió alegrar el rostro de muchos de los presentes, devolvernos a nuestra realidad y hacernos pensar en un futuro más grato, en vez de entristecernos oyendo historias de un pasado que pudo ser glorioso, pero que terminó en desastre. Nuestros años jóvenes de entonces impusieron su alegría a las nostalgias de los más viejos. Sí, esto hizo Caballero Bonald, oficiando de gran maestre en los rituales del vino del Rosellón. Gracias le son dadas. ●